

RESUMEN

Invitada por el Cidap para dar una charla durante la Bienal Ardis, **Clémence Vazard** compartió este relato de una de sus experiencias durante su residencia.

Durante mi **residencia artística en la Amazonía ecuatoriana**, quise iniciar una conversación entre los seres vivos humanos y no humanos de este territorio, a partir de técnicas de teñido natural.

Los derechos de la naturaleza están contemplados en la Constitución ecuatoriana desde el 2008, así que me pregunté: **si el bosque tiene una voz, ¿qué lenguaje habla y cómo podemos crear una conversación con él?**

El proyecto artístico adoptó la forma de una obra participativa y endémica. **Más de 300 personas participaron en su creación** mediante talleres de teñido vegetal con flores de la región, utilizando una técnica denominada **“ecoprint”**.

Utilizamos únicamente recursos naturales locales, como tela, flores y mordientes. También experimenté con otras técnicas de teñido, utilizando **ceniza del volcán Sangay, agua del río Upano, hojas de colca del cerro sagrado Teligote** en Salasaca y otras plantas endémicas.

Luego invité a los humanos de la zona a bordar en la obra los nombres de las flores con las que conviven. **Nombrar estas flores es una forma de reconocer su existencia**, una forma de crear una comunidad entre seres vivos de una misma zona. Los nombres de las flores son una mezcla no jerárquica de nombres científicos, nombres comunes en español y las lenguas indígenas shuar y kichwa que se hablan en esta parte de la Amazonía ecuatoriana.

El resultado es una monumental obra textil de veinte metros de largo, que está expuesta de manera permanente en el *hall* del Terminal de Macas.

Crear con recursos locales: *el arte de echar raíces*

Clemence Vazard
Alianza Francesa



SANGAY

Incluso antes de llegar a Ecuador y comenzar la residencia, ya había empezado a alimentar un sueño: recoger la ceniza del volcán Sangay que se encuentra a más de 5000 metros de altura y está en constante erupción, lo que lo hace uno de los volcanes más activos del mundo. Mi objetivo era recoger la ceniza para elaborar lejía de ceniza, que se utiliza en tintes naturales para modificar el pH del agua.

Al llegar, me advirtieron de que era extremadamente peligroso acercarse al volcán y que estaba prohibido escalarlo. Por la mañana, salí a las siete para ir a la entrada del **Parque Nacional Sangay**, donde me esperaba Micher, el guardaparque. Tras una breve presentación, él y yo nos adentramos en el parque para realizar una caminata de dos horas hasta el refugio. Sola y sin ningún medio de comunicación, siguiendo a este desconocido con un machete en mano, me encontré rápidamente ante dos opciones:

- Dar la vuelta mientras aún estaba a tiempo, antes de avanzar demasiado, para evitar cualquier riesgo [la lista de posibilidades que corría por mi cabeza era cada vez más larga].
- Confiar, dejarme llevar por esta naturaleza que me era desconocida y en la que no tenía referentes ni reflejos [pero por la que sentía una gran curiosidad y un gran amor] y confiar en esta persona hasta el punto de poner mi vida en sus manos.

Continué poniendo un paso delante del otro, siguiendo sus pasos, sus consejos sobre cómo avanzar sin caer en un pozo de barro o resbalar con ramas muertas, intentando observar el bosque a través de sus ojos. Me habló de los poderes de las plantas y los árboles, de que sus antepasados shuar vivían en este bosque, de que podía sobrevivir allí durante meses y de cómo encontrar comida, medicinas y protección.

Le hablé del mito shuar de Sua e Ipiak, que cuenta la historia de dos hermanas que se transformaron en dos plantas tintóreas que los hombres recogen respetuosamente para teñir sus hilos de tejer de color negro-azul [Sua] y rojo vivo [Ipiak]. Me escuchó pacientemente, sin dejar de mostrarme el camino y el lugar donde debía poner los pies. Al terminar mi relato, me comentó que sus dos hijas se llamaban Sua e Ipiak. Sé que debería dejar de creer en las señales, pero decidí que esto sería un buen augurio.

Los dos partimos del refugio en búsqueda de la **ceniza del volcán Sangay** y nos adentramos aún más en la selva, el bosque. Micher iba extendiendo y cortando ramas, enredaderas y follaje para abrírnos camino y yo concentraba mi energía en seguir sus pasos. Caminar en la selva es todo un aprendizaje: el ritmo que hay que adoptar, las raíces que hay que pisar para no hundirse en el barro, los ruidos a los que hay que prestar atención, las plantas en las que uno se puede apoyar o las que uno debe evitar tocar.

Micher me señaló las huellas de guanta, me presentó el árbol que llora sangre y me habló de las setas, frutos y hojas comestibles o venenosas. Estaba tan concentrada en mis pasos y arrullada por sus relatos de plantas y leyendas shuar que cuando levanté la vista descubrí un paisaje cuya brutalidad, yermo y aridez me abrumaron.

Siento que se me saltan las lágrimas al darme cuenta de dónde estoy: un inmenso desierto volcánico de arena negra, rocas de lava y cauces de ríos. Este es el camino recorrido sin previo aviso y con imprevisible violencia por el flujo de lava, ceniza y rocas volcánicas arrastradas por la lluvia y los manantiales de los ríos durante la última erupción del volcán Sangay, en 2019. Un paisaje vertiginoso y siniestro corta el bosque en dos, de forma nítida y abrupta por cientos de metros.

Con los ojos empañados y el cuerpo agitado por la colisión de energías de los distintos seres y movimientos naturales que aquí se han enfrentado, reanudé la marcha y la respiración. Micher nos hace descansar al llegar a una orilla de lo que resulta ser el río Volcán. En cuestión de segundos, el río puede cambiar de cauce o doblar su ancho y fluir en una de las frecuentes avalanchas de lodo volcánico.

Micher me comunicó sus observaciones [la brisa en la parte norte del río, la presencia de lluvia en la cima del volcán, el movimiento del agua y los sonidos que emitía el río] y yo intenté percibir estas señales a través de sus sentidos. Lo siento indeciso, consciente del peligro y midiendo la responsabilidad de llevarme unos metros más abajo, al lugar donde vio por última vez cenizas del volcán Sangay [responsabilidad moral, pues firmé una renuncia al llegar al refugio].

Nos dimos la vuelta después de decirle que, si tenía alguna duda, podíamos intentar regresar al día siguiente. Apenas habíamos recorrido 50 metros cuando el cielo se despejó a lo lejos y el nivel del río descendió hasta dejar de ser visible desde nuestro mirador. Tranquilizada por el rostro sereno y los gestos de confianza de Micher, me apresuré a seguirlo a un ritmo acelerado. Lo escuché gritar que está ahí y apenas tuve tiempo de asombrarme

ante la mancha de color crema lechoso que descansaba entre dos tramos de arena negra. Saqué una pala y una bolsa hermética, que llenamos a toda prisa antes de volver a subir corriendo, ya sin aliento por la carrera y la adrenalina, con el corazón palpitante y una sonrisa dibujada en el rostro.

A la mañana siguiente, en el camino de regreso, hicimos una parada en un mirador para comprobar que el río Volcán había cambiado de lecho durante la noche.

